

MARÍA GÓMEZ ZÚÑIGA
CUANDO RECUPERE
LA ESPERANZA

Literup

LITERUP EDICIONES

© *Cuando recupere la esperanza*, María Gómez Zúñiga, 2018.

© de la portada, Libertad Delgado, 2018.

© de la maquetación, Meritxell Terrón, 2018

Lectores beta: Cristina Alfaraz, Gustavo Macher, Cristina Ogando y M^a Pilar Vicente.

Primera edición: julio de 2018

© Literup Ediciones

www.literup.com

Depósito legal: B 17994-2018

ISBN: 978-84-121870-2-1

Printed in Spain. Impreso en España.

Podiprint. Antequera - Málaga.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

(ATENCIÓN: PUEDE CONTENER DATOS RELEVANTES DE LA TRAMA)

Enfermedad mental; enfermedad terminal o cáncer; hospitalización; incendio; muerte o asesinato; pérdida de un ser querido.

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible, visita <https://www.literup.com/contenido-sensible> o escribe a contacto@literup.com

Para mi tía Mar, mi cómplice, mi maestra,
mi caótica compañera.

Y para Meri, por ser la segunda madre
que esta historia necesitaba.

«Con esperanza o sin esperanza
siempre volvemos a casa», Jaroslav Seifert.

PRÓLOGO

Construimos nuestros recuerdos en base a lo que nos cuentan y los adornamos con detalles que pone la imaginación. Este es uno de mis favoritos:

Aquel miércoles cumplía tres años y mi madre preparó la tarta de chocolate y galleta que ya me ha acompañado en dieciocho cumpleaños.

Por la tarde salimos a comprar mi regalo. Siempre hemos estado las dos solas, completas, y aquellas tardes que pasábamos juntas en Madrid tampoco echábamos en falta a nadie más.

Fuimos hasta el centro y entré por la puerta pequeña en la tienda de juguetes. No recuerdo qué regalo escogí. Más tarde compramos un helado y paseamos por esas calles que me han visto crecer, estrenar zapatos y correr para refugiarme de la lluvia. Dudo que algún día dejen de gustarme. Al pasar sobre una rejilla de ventilación del metro, una corriente deshizo el lazo rojo anudado a mi pelo y me levantó la camiseta.

Aquella noche ocurrió por primera vez. Tuvo lugar cuando llegamos a casa, yo con el pelo revuelto y los brazos casi dormidos de abrazar el cuello de mi

madre. Me llevó hasta mi habitación, encendió la luz de la mesita de noche y me desvistió mientras se me cerraban los ojos. Más tarde, mientras ella veía una película en el sofá, yo me desperté, bajé de la cama... y me despegué del suelo.

Fue sencillo; el suelo tan solo dejó de estar en contacto con mis plantas descalzas y mi cabeza casi rozaba el techo con pegatinas de estrellas fluorescentes. Espiral todavía habla de la sonrisa que tenía en aquel momento. La conocí entonces, con sus rizos rojos y sus ojos dorados, más brillante que las estrellas y tan grande como la palma de la mano de mi madre.

Me tambaleé por el pasillo, como si mis pies ya no quisieran recordar cómo pisar firme y fueran a despegarse de un momento a otro del parqué. Entré en el salón seguida del hada, que revoloteaba junto a mí, me acariciaba el pelo y rozaba mi nariz con la suya.

Mi madre me ha contado muchas veces lo que sintió al verme aparecer seguida de aquel destello, cómo la sorpresa inicial fue sustituida por la emoción cuando volé hasta su regazo. Me abrazó con los ojos llenos de lágrimas mientras daba las gracias a Espiral por elegirme y concederme un don.

A partir de entonces comencé a darme cuenta de los destellos por la calle y, aunque nunca podía verlas con la misma nitidez que a la mía, sabía que eran las hadas de esos niños con los que me cruzaba.

Conforme crecía, me enseñó a controlar mi don. Aprendí a levantar pequeños objetos, a elevarme cada vez más. Podría definirse como una capacidad para manipular las presiones y las corrientes de aire que me rodean. A mí eso no me importa. No tiene sustento científico, ni tampoco sigue una lógica que yo tenga un poder, que también lo tenga mi vecino o algunos amigos del barrio y otros no. Es decisión de las hadas, y nadie las comprende.

Rompí algún que otro vaso y lancé más de un par de calcetines por la ventana, me di bastantes golpes en la cabeza contra el techo y mis tobillos se torcían a veces al aterrizar. Poco a poco conseguí recurrir a mi poder como quien mueve los dedos de una mano, sin pararse a pensar.

Por supuesto, Espiral no estaba conmigo todo el tiempo; aunque no faltaba a los momentos clave de mi infancia, como cuando acabé la educación infantil o en la aparición de mi primer diente definitivo.

Cuando cumplí siete años, como es tradición entre las hadas, acordamos una señal para que acudiera junto a mí, continuara mi formación y me ayudara en lo que necesitase. Mi madre propuso el momento de desatarme el lazo del pelo, al volver a casa después del colegio, y esa la mantuvimos hasta que dejé de ponérmelo a los nueve años. Se sucedieron varias claves más, hasta que a los once años comencé a quedarme un rato por las noches a leer

y Espiral acudía cuando sonaba la campanita del microondas al calentar mi taza de cacao. Leíamos un rato juntas. Ella, sentada en mi hombro, me preguntaba por mi día, me aconsejaba en mis dudas y me consolaba si la tristeza me impedía ver más allá de aquel día. Ella no me contaba gran cosa sobre las horas que no pasaba conmigo, así que yo no insistía. Venía, estaba conmigo y eso era suficiente. Si en algún momento de urgencia la necesitaba, su destello aparecía como si nunca se hubiera ido de mi lado.

Así como Espiral no avisó de su llegada, tampoco lo hizo el cáncer.

Con tan solo catorce años entré en un bucle de dolores, cansancio, pastillas y sesiones de quimioterapia. Sin embargo, eso no fue lo peor. Durante la tercera sesión de quimioterapia, algo cambió dentro de mí y me cortó la posibilidad de usar mi don. Con ello, también se fueron mis ganas de volar.

MADRID, 16 DE MAYO DE 2017

Llego a casa y escucho el ruido de las cacerolas. Un olor delicioso impregna el pasillo de entrada. Me alegra saber que mi madre aún encuentra fuerzas para, de vez en cuando, dedicar tiempo a lo que le apasiona. Me asomo a la cocina y veo cómo se agacha para abrir el cajón. Me doy cuenta de la fuerza con la que se aferra a la encimera, tiene los nudillos blancos. Me acerco, libero sus manos de un par de tapas y una cacerola y dejo que se apoye en mí para incorporarse.

—Hola, cielo —me saluda con un beso—. Ayúdame con esto, por favor.

Me apresuro a llenar la cazuela de agua y colocarla sobre la vitrocerámica.

—Han llamado del hospital —dice mi madre mientras programo el fuego—. Mañana la doctora quiere verte, a ver qué tal has evolucionado estas dos semanas.

—¿A qué hora?

—Tienes cita a las doce. Si sales en la pausa del recreo llegas con tiempo. En la nevera tienes el justificante.

—¿Otra vez por la mañana, mamá? —Resoplo—. Estoy cansada de faltar a clase y tener que depender de mis compañeros. Además, íbamos a repasar para el examen de Química de la semana que viene.

—No creo que a Lucas le importe ayudarte...

Frunzo el ceño, pero al momento veo cómo casi me suplica con gesto apenado que no se lo ponga más difícil.

—Los profesores ya lo saben, Carlota. —Se sienta en una de las sillas para esperar que el agua hierva—. No tienes que seguir el ritmo de tus compañeros. Tu caso es excepcional.

—Eso es lo que no quiero, mamá —digo, con el tono de voz cada vez más alto—. No quiero que me consideren privilegiada por haber tenido cáncer, no quiero que me vean como un caso aparte, no quiero que me traten de forma distinta ni con preferencia. —Suspiro y admito con voz débil—: Solo quiero volver a lo de antes, a encajar. Por eso decidí volver al instituto. Si quisiera seguir siendo la rara, me habría conformado con quedarme en casa.

—No es malo salirse de la masa, Lota. Tú no has podido evitar tu enfermedad y no deberías rechazar por ahora cierto trato de favor de quienes intentan ayudarte. Al menos muéstrate agradecida, ¿vale? —Me lo pide también con la mirada.

—Ya. Solo que...

—Es duro, mi vida. —Se levanta, se acerca des-

pacio y me abraza cuando comprueba que no voy a rechazarla—. Lo sabemos. Pero hay que seguir adelante, ¿no crees? Tienes personas que te quieren a tu alrededor y te queda mucha vida por delante. No se te viene el mundo encima, aunque lo parezca en algunos momentos. Lo peor ha pasado. Ahora para arriba, ¿de acuerdo? —Toma mi cara entre sus manos y pega los labios a mi frente.

Miro a mi madre y reconozco que sí, que he pasado lo peor, que ya casi me he recuperado y solo me quedan unos meses de esfuerzo para acabar con cada una de las secuelas. En cambio, ella... Ella no va a recuperarse en unas semanas, no va a volver a encenderse como antes. Creo que averigua lo que pienso, porque veo titilar sus ojos verdes. Me abraza de nuevo, todo lo fuerte que el cuerpo le permite.

—No nos vamos a rendir.

En sus brazos, me doy cuenta de que mi madre no sabe que más de una vez estuve a punto de hacerlo.

—Hablaré con Lucas luego.

La sonrisa de mi madre no se ha dejado hundir entre los cojines de la cama y sale a flote cuando yo también le enseño la mía.

